

XIII REUNION DE ECONOMIA MUNDIAL

Felicidad y desarrollo: el bienestar subjetivo como evaluador final

Happiness and Development: Subjective Wellbeing as Final Evaluator

Rafael Domínguez Martín. Universidad de Cantabria. rafael.dominguez@unican.es

Marta Guijarro Garvi. Universidad de Cantabria. marta.guijarro@unican.es

Borja López Noval. Universidad de Cantabria. borja.lopezn@alumnos.unican.es

RESUMEN:

Algunos autores afirman que los indicadores de desarrollo objetivos seleccionan arbitrariamente los factores asociados al desarrollo y defienden que lo mejor para determinar la existencia de desarrollo son las valoraciones subjetivas sobre la calidad de vida propia. En la misma línea se señala que el nivel de felicidad es una variable fin (*final outcome*) de todo proceso vital que debe ser considerada, frente a factores instrumentales como la renta, en el estudio de la desigualdad. En este trabajo se analiza críticamente el concepto de felicidad que yace detrás de este tipo de perspectivas y se propone un concepto alternativo.

Palabras clave: felicidad, bienestar subjetivo, desarrollo humano, desigualdad.

Clasificación JEL: I30, O10, Z10.

ABSTRACT:

Some authors state that objective indicators of development make an arbitrary selection of the factors associated to development and declare that subjective evaluations of own quality of life are the best way to determine the existence of development. In line with this, it is said that level of happiness is a final outcome of every life that must be used to analyze inequality, instead of instrumental factors as income. In this paper, the concept of happiness that yields behind this kind of perspectives is analyzed in a critical way and an alternative concept is proposed.

Key words: Happiness, Subjective wellbeing, Human development, Inequality.

JEL Classification: I30, O10, Z10.

1. Introducción

Las evaluaciones de las políticas públicas y del desarrollo tradicionalmente tomaron el nivel de renta de los sujetos como proxy de su nivel de bienestar¹, pero cada vez más individuos, organizaciones y organismos reclaman mediciones del bienestar alternativas a la renta (PIB per cápita en los estudios agregados) porque es opinión extendida que más renta no se traduce en mayor satisfacción o felicidad. También dentro de la comunidad científica hay consenso sobre la compleja relación existente entre renta y felicidad (Easterlin, 1974; Sen, 2000; Heylighen y Bernheim 2000a; Layard, 2005; Graham, 2008; Schimmel, 2009).

En el nuevo contexto, favorecido por la reciente recolección de datos sobre felicidad a través de importantes encuestas, está floreciendo toda una literatura que da cuerpo a la denominada Economía de la felicidad. La incipiente sensibilidad hacia el bienestar subjetivo no se limita al ámbito académico, ni a una parte determinada de la opinión pública, sino que muchos gobiernos, entre los que destacan los de Nicolás Sarkozy en Francia y David Cameron en Reino Unido están impulsando proyectos dentro de las oficinas estadísticas de sus respectivos países que tienen por objeto la recolección de datos sobre el bienestar subjetivo de los ciudadanos².

La cuestión de la felicidad no es nueva, de hecho ha estado presente en el debate público y económico desde que Jeremy Bentham y John Stuart Mill dieron forma a la ética utilitarista. El hecho de que en nuestros días se esté superando una de las principales limitaciones del utilitarismo: la dificultad de medir el nivel de satisfacción de los ciudadanos, hace que se estén revitalizando viejos debates en torno a esta influyente corriente de pensamiento.

El utilitarismo entiende que toda acción humana tiene como finalidad última incrementar (o mantener) los niveles de placer, felicidad o satisfacción, ya sea del individuo que actúa o de otras personas (lo que indirectamente agrada al individuo activo). Por ello, esta ética consecuencialista defiende que las acciones colectivas, como la política económica, se deben valorar en función de su aportación al mantenimiento o incremento del nivel de utilidad de los miembros de la sociedad. En los últimos tiempos y de la mano de una medición cada vez más ajustada del bienestar subjetivo y de algunas novedosas teorías sobre su naturaleza, está resurgiendo la reivindicación de un espacio prominente para el bienestar subjetivo dentro de los ejercicios de evaluación de las políticas públicas y del desarrollo.

Los defensores del bienestar subjetivo como evaluador último del devenir socioeconómico presentan dos líneas argumentales destacables: 1) critican la figura del evaluador externo que reduce el desarrollo al crecimiento de una selección arbitraria de variables objetivas porque consideran que dicha selección será siempre imperfecta dado que el bienestar de cada individuo viene determinado por factores distintos, y 2) entienden que la sensación de felicidad o satisfacción constituye una señal biológica de correcta adaptación al medio en la que se puede confiar como indicador de progreso. Así, todos los problemas que nos pueden hacer dudar sobre la inexorable tendencia hacia una mayor calidad de vida, como los problemas medioambientales o los problemas mentales propios de una sociedad acelerada, o no existen realmente como tales problemas o son enfrentados y resueltos cuando,

¹ Para lo cual se deben adoptar unos supuestos muy restrictivos: ni siquiera cuando dos individuos presentan unas mismas preferencias en términos ordinales son comparables los niveles de utilidad que obtienen con un mismo nivel de renta (Sen, 2000: 93).

² <http://www.guardian.co.uk/lifeandstyle/2010/nov/14/happiness-index-britain-national-mood>

superados ciertos niveles de tolerancia, repercuten negativamente en los niveles de bienestar subjetivos de la sociedad.

En los epígrafes que siguen se reflexiona sobre todas estas cuestiones y se presentan algunos argumentos a favor de la vigencia del observador externo en las tareas de evaluación del desarrollo y del nivel de desigualdad: 1) respecto a la consideración de que el bienestar subjetivo es un mecanismo infalible para la resolución de problemas se sugiere que nada garantiza que la felicidad como señal de buena adaptación al medio sea 100% confiable y 2) se considera que dos felicidades que emergen de configuraciones de determinantes distintas no son directamente comparables (y se pone como ejemplo las felicidades del esclavo feliz y la del hombre libre).

La estructura de la comunicación es como sigue. En el siguiente epígrafe se hacen algunas aclaraciones metodológicas que sirven para acotar el objeto de la discusión, que es eminentemente teórico. En el epígrafe 3 se presenta el método de evaluación del desarrollo y la desigualdad que se plantea desde algunos estudios de la felicidad y que se inspira en los dos argumentos señalados previamente. En el epígrafe 4 se discuten los dos principales argumentos a favor del método subjetivista. El trabajo termina con el resumen de conclusiones.

2. Aclaraciones metodológicas

Sobre el concepto de felicidad. La psicología moderna distingue dos tipos de felicidad: por un lado, la asociada al placer provocado por una corriente emocional agradable, y, por otro, la que es fruto de un proceso reflexivo en el que el individuo valora el conjunto de su vida a la luz de sus planes y aspiraciones (Punset, 2005: 25; Brülde, 2007; Kahneman y Krueger, 2006). Este trabajo se centra en el segundo tipo de felicidad, pues, como se verá, es el más relevante a efectos de pensar el desarrollo como proceso de ampliación de capacidades (Sen, 2000).

Sobre la capacidad para medir la felicidad de los individuos. En la discusión que se plantea en esta comunicación se pueden obviar los problemas prácticos que surgen a la hora de medir la felicidad de los miembros de una sociedad. Como los autores con los que se discute, se asume que las declaraciones de los sujetos sobre su nivel de satisfacción vital son fiables y no resultan severamente sesgadas por cuestiones culturales ni de otra índole.

Sobre los niveles y la evolución de la felicidad en el mundo. Hay autores que defienden que, en general, los niveles de felicidad en el mundo cada vez son mayores (Heylighen y Bernheim, 2000a; Veenhoven, 2005) mientras que otros son más escépticos (Schimmel, 2009) o abiertamente contrarios a dicha afirmación (Punset, 2005). Esta cuestión es eminentemente empírica y de nuevo irrelevante a efectos de la discusión que se plantea a continuación, dado que ésta tratará sobre la pertinencia de usar las declaraciones subjetivas sobre satisfacción como base informativa para evaluar el desarrollo y la desigualdad, sin importar por ello ni los problemas prácticos derivados de su medición ni los valores concretos que tome.

3. Los conceptos de desarrollo y desigualdad en algunos estudios sobre la felicidad: el bienestar subjetivo como evaluador final

Schimmel (2009) señala que la perspectiva del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) sobre la pobreza, la riqueza y el desarrollo queda definida en la figura 1, donde también se definen los conceptos de pobreza y riqueza según el organismo internacional. Se está ante una perspectiva teleológica (y lineal) sobre el desarrollo: el desarrollo conduce de un estado de carencia a un estado de abundancia en las diversas dimensiones que tengamos a bien considerar: renta, educación, salud... Recientemente, señala el mismo autor, los estudios sobre felicidad—donde se define la felicidad como el grado en el que una persona juzga favorablemente la calidad de su vida desde una perspectiva global—cuestionan dicho punto de vista porque ese modo de concebir el desarrollo rompe la relación entre éste y el bienestar subjetivo: “el incremento de la renta, una mejor salud objetiva y mayores niveles de educación no dirigen automáticamente hacia una mayor felicidad” (Schimmel, 2009: 93)³. Por ello señala la necesidad imperiosa de incorporar un indicador de felicidad o bienestar subjetivo en los análisis de desarrollo del PNUD. Además, el estudio de los determinantes de la felicidad permitiría identificar las dimensiones más relevantes involucradas en el proceso de desarrollo.

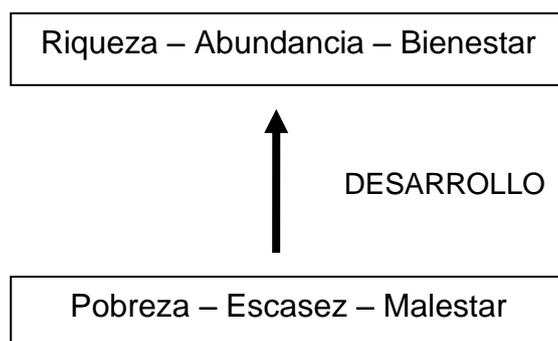


Figura 1. Relación entre pobreza, riqueza y desarrollo para el PNUD según Schimmel (2009), (Elaboración propia).

Heylighen y Bernheim (2000a) también critican cualquier intento de reducir el progreso al crecimiento de una combinación de factores objetivos porque consideran que la selección de dicha combinación de factores será siempre cuestionable, susceptible de ser acusada de arbitrariedad y sesgo ideológico. La idea de progreso o desarrollo implica una valoración, y, según los autores, la cuestión del valor es intrínsecamente subjetiva. Por ello, proponen tomar a los individuos como referencia fundamental a la hora de definir el desarrollo y definen éste como el incremento de la calidad de vida experimentada subjetivamente por la población mundial. Estos autores van más lejos que Schimmel (2009) dado que, en principio, no plantean la variable nivel de felicidad como un complemento de los indicadores objetivos de desarrollo, sino que reducen el desarrollo a esa valoración subjetiva. Según Heylighen y Bernheim (2000a) esta posición encuentra un argumento adicional en la

³ Schimmel aporta como evidencia adicional las diferentes ordenaciones de países que deparan el IDH y la felicidad. Coeficiente de correlación de rangos: 0,746 (144 países. Estimación propia, detalles bajo solicitud).

evidencia de que distintos grupos de individuos presentan diferentes configuraciones de factores determinantes de sus niveles de felicidad⁴. Dado que los determinantes varían de un grupo a otro de individuos, dicen los autores, no debemos fijarnos en ellos (y menos aún en una selección de los mismos) para evaluar un proceso, sino centrarnos directamente en el resultado de dicho proceso.

Veenhoven (2005) aplica la misma idea al estudio de la desigualdad: no debemos centrar la atención en lo que realmente se tiene (de renta, poder o prestigio), sino en todo caso en lo que potencialmente se podría tener. Es indudable, dice Veenhoven, que es mucho más fácil medir lo que realmente se tiene, pero esta perspectiva confunde los conceptos de preferencia y de oportunidad. Conforme los estilos de vida por los que se inclinan los individuos se vuelven más diversos, resulta menos razonable confundir lo que se posee con las oportunidades de que se dispone. Por lo demás, incluso la posibilidad de medir eficazmente las oportunidades de que se dispone puede resultar insuficiente para estudiar la desigualdad (y la calidad de vida de un individuo) por los problemas planteados más arriba: el investigador no puede conocer la relación entre los diferentes elementos que conforman el espacio de oportunidades de un individuo y tampoco la importancia relativa de cada uno en la determinación final de su calidad de vida. Por ello la investigación se debe centrar en variables fin (“final outcomes”) y no en variables instrumentales como la renta. Dentro de esas variables fin, Veenhoven señala al nivel de satisfacción vital como un buen candidato.

4. Algunas consideraciones sobre el concepto de bienestar subjetivo: la necesidad del evaluador externo

4.1. Enfoque evolucionista (pero no optimista) sobre el bienestar subjetivo

Tanto Heylighen y Bernheim (2000a) como Veenhoven (2005) adoptan una perspectiva evolucionista sobre la felicidad. Así, declaran:

“Los organismos móviles pueden sentirse bien o mal, probablemente porque les resulta necesario para encontrar biotopos habitables. El desarrollo cognitivo en los humanos no ha anulado este sistema afectivo de señales, solo nos ha permitido estimar y articular el afecto medio y sobre esta base juzgar la calidad de nuestra vida desde una perspectiva global”. (Veenhoven, 2005: 464)

Y, sobre el mismo aspecto:

“En este sentido, los análisis psicológicos sobre la felicidad nos llevan de regreso, a través de los conceptos cibernéticos de adaptación y control, a un nivel más elevado de interpretación del concepto evolutivo de “adecuación” [...]. Felicidad—en el sentido de la preponderancia de sensaciones positivas—es final y

⁴ Rose et al. (1998) regresaron los niveles de felicidad sobre un conjunto de variables explicativas y observaron que los coeficientes asociados a las distintas variables explicativas eran significativamente distintos para distintos grupos de individuos definidos a partir de las distintas enfermedades que padecían.

simplemente la señal biológica de que todo está bien”.
(Heylighen y Bernheim, 2000a: 330)

Resulta fácil encontrar un antecedente de esta perspectiva en John Stuart Mill (1863), quien incluso naturalizó los conceptos de justicia y de ética de la mano del concepto de felicidad, considerada por él el fin último de toda acción humana.

La perspectiva evolucionista adoptada por estos autores resulta muy razonable, y de gran potencial explicativo. No parece tan obvia la hipótesis de que toda evolución tiende a venir acompañada de progreso como sostienen Heylighen y Bernheim (2000b). Hay que destacar que estos autores parten de una perspectiva humanista, y por ello no aceptan cualquier tipo de evolución-progreso⁵: cuando afirman que toda evolución implica progreso consideran que la felicidad como señal de adaptación al medio será capaz de solventar los principales problemas de la humanidad, entre los que ellos destacan los medioambientales y los problemas mentales derivados de una sociedad cada vez más compleja, sometida a un cambio acelerado y a la sobrecarga de información.

El optimismo de estos autores no resulta obvio. En primer lugar, igual que una emoción primaria como el miedo, tan estrechamente vinculada al bienestar subjetivo, no está perfectamente calibrada y es habitual que sobredimensione los riesgos a los que nos enfrentamos (Punset, 2005: 38-41), resulta razonable pensar que la felicidad puede constituir una señal precaria de buena adaptación al medio en el que se desarrolla la vida. No sentirse bien indica ciertamente una mala adaptación, pero sentirse bien no sería un indicador infalible de buena adaptación y progreso (Bury 1927: 14-15). Llevado al extremo, habría que convenir con pensadores griegos como Aristóteles o Sófocles que no se puede decir de nadie feliz hasta el último de sus días, cuando definitivamente quede abortada la posibilidad de un revés en su fortuna⁶. Ciertamente, Heylighen y Bernheim (2000b) reflexionan sobre la “fortuna” colectiva, mientras que tanto Aristóteles en *Ética Nicomáquea* como el Corifeo en *Edipo Rey* lo hace sobre la fortuna individual, pero se puede elevar el argumento desde el ámbito individual al colectivo⁷.

Se utilizará un argumento proveniente de la teoría de sistemas para justificar el recelo hacia el optimismo evolucionista. La teoría de sistemas tiene como uno de sus conceptos fuertes el de retardo en la manifestación de las consecuencias de un

⁵ Su idea de progreso no es biologicista o centrada en la calidad de las especies o genotipos (primando su capacidad de supervivencia y reproducción), idea criticada en Sen (1993), sino que, al igual que este último autor, consideran el progreso como mejora de la calidad de vida desde el enfoque de las capacidades (positivamente correlacionadas con el bienestar subjetivo). Ver nota 8.

⁶ “Pues la felicidad requiere, como dijimos, una virtud perfecta y una vida entera, ya que muchos cambios y azares de todo género ocurren a lo largo de la vida, y es posible que el más próspero sufra grandes calamidades en su vejez, como se cuenta de Príamo en los poemas troyanos, y nadie considera feliz al que ha sido víctima de tales percances y ha acabado miserablemente”. (Aristóteles, 2007: 39)

“¡Oh habitantes de mi patria, Tebas, mirad: he aquí a Edipo, el que solucionó los famosos enigmas y fue hombre poderosísimo; aquel al que los hombres miraban con envidia por su destino! ¡En qué cúmulo de terribles desgracias ha venido a parar! De modo que ningún mortal puede considerar a nadie feliz con la mira puesta en el último día, hasta que llegue al término de su vida sin haber sufrido nada doloroso”. (Sófocles, 2007: 265)

⁷ Aunque, de hecho, el que el enfoque evolucionista tienda a relegar a un segundo plano a los individuos particulares es uno de los motivos por los que se le critica (Sen, 1993: 132). En este sentido sería igualmente criticable cualquier despreocupación respecto a culturas o países de poco peso en el conjunto considerado.

acto. La incipiente aplicación de este concepto en la ciencia económica está teniendo un gran impacto, especialmente en el ámbito de la gestión de recursos naturales y la conservación del medio ambiente. Para ilustrar el concepto de retardo se alude con frecuencia a lo que suele suceder cuando se llena por primera vez un recipiente ayudándose de un embudo: dado que el efecto del vertido tarda en manifestarse y se tiende a fijarse en el efecto inmediato sobre el recipiente final es muy fácil verter demasiado líquido en el embudo, de forma que el líquido acaba derramándose por el suelo. Baste el concepto de retardo y este cómico ejemplo para incidir en el hecho de que el ser humano tiene unos conocimientos y una racionalidad limitada y no se puede descartar una involución fruto, por ejemplo, de una relación inadecuada (y a gran escala) con el medio ambiente.

Si nada garantiza que la mayoría de una población (que puede ser muy feliz, elevando con ello los niveles de felicidad medios de dicha población) sea infalible y actúe acertadamente, se debe convenir que será necesario un observador externo (con criterios informados) para evaluar el proceso de desarrollo⁸.

4.2. Felicidad heterogénea y adaptativa (vida buena vs. vida feliz)

Sen señala tres carencias fundamentales en el enfoque utilitarista sobre el desarrollo, que toma el bienestar subjetivo como evaluador último del mismo: 1) la indiferencia tradicional de este enfoque hacia la distribución de la felicidad, 2) el desinterés que muestra por los derechos, las libertades y otras cuestiones que no reportan utilidad y 3) La naturaleza adaptativa y sujeta a condicionamientos mentales del bienestar subjetivo (Sen, 2000: 85). La despreocupación por la distribución de la felicidad no es un problema insalvable, de hecho el elemento distributivo está presente en esta discusión. Quizá el punto más débil en la defensa del bienestar subjetivo como evaluador último del proceso de desarrollo y del nivel y evolución de la desigualdad sea la naturaleza heterogénea y adaptativa de dicho sentimiento (y aquí se combinan los argumentos 2 y 3 de Sen).

Curiosamente, lo que constituye la principal debilidad del bienestar subjetivo como evaluador es uno de los principales argumentos esgrimidos para justificar su uso como termómetro del desarrollo y la desigualdad. Así, como hemos visto más arriba, desde algunos estudios de la felicidad se sostiene que dado que no todos los individuos ven determinado su bienestar por los mismos factores debemos centrarnos en el resultado final del proceso de desarrollo y no tanto en sus hipotéticos elementos determinantes. Ahora bien, se puede discutir esta forma de abordar las cuestiones del desarrollo y la desigualdad si se entiende que las felicidades que vienen determinadas por distintos factores no son directamente comparables. Un ejemplo canónico que se encuentra en la literatura es el del esclavo feliz (Sen, 2000; Brülde, 2007), cuyo bienestar subjetivo no parece razonable comparar directamente (aunque en un principio se pueda respecto a una escala numérica) al bienestar subjetivo de una persona autónoma, especialmente a la hora de diseñar políticas públicas, para evitar consecuencias peligrosas.

⁸ En este epígrafe no se ha cuestionado la idea de progreso de Heylighen y Bernheim (2000a) (sino simplemente su optimismo respecto a la inexorabilidad del mismo) por ser de inspiración humanista y no meramente biologicista, enfoque, este último, criticado lúcidamente por Sen (1993). Pero la idea de progreso de estos autores será criticada en el epígrafe que sigue, cuando se presente la felicidad (a lo que finalmente reducen el progreso) como sentimiento heterogéneo y adaptativo.

La comparación entre niveles de felicidad declarada sería imposible si se admitiese la hipótesis de una fractura entre las capacidades de unas personas y otras para valorar su propia vida. Esta escisión radical se produce según Pereira (2007: 153-155) entre las personas que están por encima y las que están por debajo de unos umbrales mínimos en una serie de capacidades elementales (En su caso adopta el listado de capacidades elementales de Martha Nussbaum⁹). Los individuos que no alcanzan los que denomina mínimos de dignidad se muestran incapaces incluso de reflexionar, esto es, de evaluar sus propias preferencias y creencias, a las cuales vivirían atados, siendo su grado de autonomía muy limitado. Una idea similar apunta Brülde (2007), aunque sin hipótesis explicativa, cuando señala que la felicidad constituye un mero estado mental individual sujeto a error. Nada garantiza, dice el mismo autor que una vida feliz sea una vida buena y seguramente una vida buena sea un mejor referente para valorar el nivel de desarrollo de una sociedad.

Por otro lado, resulta controvertido considerar como referente del desarrollo una variable (nivel de satisfacción) que puede mostrar valores más altos en el caso de un individuo-sociedad entregado al ocio ruinoso que para un individuo-sociedad sujeto a un grado razonable de lo que en la literatura se denomina descontento creativo o insatisfacción constructiva (Sen, 2000: 36).

De los anteriores razonamientos se deriva que en el estudio del desarrollo y la desigualdad es necesario un evaluador externo.

Curiosamente, la figura del evaluador externo es uno de los principales objetos de crítica de Schimmel (2009), Heylighen y Bernheim (2000a) y Veenhoven (2005) porque entienden que sus criterios serán necesariamente arbitrarios e imperfectos. Asimismo, su crítica a la figura del evaluador externo es el fundamento de su nueva propuesta metodológica: tomar a los protagonistas del proceso de desarrollo, los individuos (su evaluación subjetiva), como referente para evaluar el mismo.

5. Conclusiones

En este trabajo se discute un tema sobre el que han pensado muchos de los mejores filósofos y economistas de los últimos doscientos años. El debate sobre la pertinencia del utilitarismo como criterio para evaluar las políticas económicas no es nuevo, pero en nuestros días reverdece fruto de la eclosión de datos sobre el bienestar subjetivo provenientes principalmente de encuestas.

Ciertamente, los datos con los que se empiezan a contar ahora permiten salvar algunas de las críticas que tradicionalmente se hicieron al utilitarismo, como la de que este enfoque finalmente, por razones operativas, medía los niveles de felicidad de un individuo y una sociedad a través de sus niveles de renta, lo cual requería unos supuestos muy restrictivos.

Superado uno de los mayores escollos hay quien no duda en utilizar la nueva información para redefinir el desarrollo y, sobre todo, el método para evaluarlo. Se sirven para ello, primeramente, de un enfoque evolucionista sobre la sensación de felicidad o satisfacción, que aparece como una señal biológica de correcta adaptación al medio. No se discute el acierto de esta propuesta, pero sí se cuestiona el optimismo de algunos autores que consideran que toda evolución comporta

⁹ Vida; salud; integridad física; sentidos, imaginación y pensamiento; emociones; razonamiento práctico; afiliación; otras especies; juego y control sobre el propio entorno.

necesariamente progreso, incluso en un sentido humanista. Se cuestiona esta posición porque nada garantiza que la felicidad como señal de buena adaptación al medio sea infalible. Desde esta premisa, se considera necesario un observador externo para evaluar el desarrollo.

Finalmente, se apunta al que quizá sea el punto más débil en la defensa del bienestar subjetivo como criterio último en la evaluación del desarrollo, y que, paradójicamente, es uno de los principales argumentos que se esgrime para defender la postura subjetivista: el carácter heterogéneo y adaptativo del bienestar subjetivo. Considerando que dos felicidades que emergen de configuraciones de determinantes distintas no son directamente comparables (y se pone como ejemplo la del esclavo feliz frente a la del hombre libre), se cree necesaria la participación de un observador externo para evaluar el desarrollo.

En esta discusión subyace la clásica cuestión sobre la posibilidad de conocimiento objetivo. Unos recelan del observador externo, mientras que otros le entienden necesario ¿Estamos ante dos posturas irreconciliables? Probablemente haya una discontinuidad última entre ambas teorías, pero queda mucho margen para aproximar posturas. Por un lado, el bienestar subjetivo, cada vez mejor medido, tiene mucho que aportar al estudio del desarrollo y se comparte esta inquietud con Schimmel (2009). Por otro lado, considerando que el precio a pagar por prescindir del evaluador externo puede ser demasiado alto no queda otra alternativa que seguir trabajando dentro del consenso general de la comunidad científica, quien al final representa al evaluador externo del que se viene hablando, para minimizar las arbitrariedades y los errores que pudiera cometer.

Referencias

- Aristóteles ([S.IV a.e.] 2007): *Ética Nicomáquea*, en *Ética*, Gredos, Madrid.
- Brülde, B. (2007): "Happiness theories of the good life", *Journal of Happiness Studies*, 8, 15-49.
- Bury, J. ([1927] 2010): *La idea de progreso*. Alianza, Madrid.
- Easterlin, R.A. (1974): "Does Economic Growth Improve the Human Lot?" in *Nations and Households in Economic Growth: Essays in Honor of Moses Abramovitz*, ed. by P. A. David and M. W. Reder, pp. 89-125. Academic Press Inc., New York.
- Graham, C. (2008): "happiness, economics of". The New Palgrave Dictionary of Economics. Second Edition. Eds. Stephen N. Durlauf and Lawrence E. Blume. Palgrave Macmillan. The New Palgrave Dictionary of Economics Online. Palgrave Macmillan. 06 March 2008 (http://www.dictionaryofeconomics.com/article?id=pde2008_H000015) doi: 10.1057/9780230226203.0702 (available via <http://dx.doi.org/>).
- Heylighen, F. y Bernheim, J. (2000a): "Global progress I: empirical evidence for ongoing increase in quality-of-life", *Journal of Happiness Studies*, 1(3), 323-349.
- Heylighen, F. y Bernheim, J. (2000b): "Global progress II: evolutionary mechanisms and their side-effects", *Journal of Happiness Studies*, 1(3), 351-374.

- Kahneman, D. y A.B. Krueger (2006): "Developments in the Measurement of Subjective Well-Being", *Journal of Economic Perspectives*, 20(1), 3-24.
- Layard, R. (2005): *La felicidad. Lecciones de una nueva ciencia*. Taurus, Madrid.
- Mill, J.S. ([1863] 2010): *El utilitarismo*. Alianza Editorial, Madrid.
- Pereira, G. (2007): "Preferencias adaptativas: un desafío para el diseño de las políticas sociales", *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 36, 143-165.
- Punset, E. ([2005] 2010): El viaje a la *felicidad. Nuevas claves científicas*, en *Viaje a las emociones. Las claves que mueven el mundo: la felicidad, el amor y el poder de la mente*. Destino, Barcelona.
- Rose M., Scholler, G., Klapp, B.P. y Bernheim, J. (1998): "Weighting dimensions in "Generic" QOL questionnaires by anamnestic comparative self-assessment: different weights in different diseases", *Quality of Life Research*, 7, 655.
- Schimmel, J. (2009): "Development as Happiness: The Subjective Perception of Happiness and UNDP's Analysis of Poverty, Wealth and Development", *Journal of Happiness Studies*, 10, 93-111.
- Sen, A. (1993): "On the Darwinian View of Progress", *Population and Development Review*, 19(1), 123-137.
- Sen, A. ([1999] 2000): *Desarrollo y libertad*. Planeta, Barcelona.
- Sófocles ([S. V a.e.] 2007): *Edipo Rey*, en *Tragedias griegas*, Gredos, Madrid.
- Veenhoven, R. (2005b): "Return of inequality in modern society? Test by dispersion of life-satisfaction across time and nations", *Journal of Happiness Studies*, 6(4), 457-487.